

LA PASIÓN POR LA LIBERTAD Y LA VERDAD EN FRAY LUIS DE LEÓN

José Luis Tejada

RESUMEN

Se empieza en este trabajo por ubicar temporal y culturalmente la figura excepcional de Fray Luis de León. Se le sitúa dentro de la tradición hispano-hebraica del Renacimiento y de una formación y dedicación plenamente universitarias. Su hebraísmo va a ser la causa principal de una serie de acusaciones y procesos que amargarán su existencia privándole de esa paz que tanto anhelaba. Su primer proceso, que le cuesta 5 años de dura cárcel, es por defender la verdad hebraica en un curso sobre la fe. El segundo, del que escapa con mejor suerte, es por su defensa apasionada de la libertad.

El estudio de su perfil humano, tan conflictivo, nos lo muestra siempre en lucha consigo mismo o con los otros, aspirando a una armonía vital que apenas logra raras veces. Hombre de grandes síntesis, polígrafo de un saber enciclopédico, es el mejor representante de la España de la Contrarreforma. Realizó la gran tarea de unificar en su obra las 3 grandes corrientes, pagana, judaica y cristiana, que sostienen la cultura de su tiempo. Platón, Horacio, Salomón, Virgilio, Epicuro, San Agustín prestan sus mejores esencias a esta gigantesca «fusión nuclear» del pensar y el sentir de la España renacentista. De sangre y cultura hebraicas, comprendió como nadie cuanto de humano y permanente hay en la civilización judía cuya sensibilidad también asimiló.

Como poeta hondo y sobrio sólo S. Juan de la Cruz le supera, aunque el misticismo del carmelita nos resulte hoy menos cercano que el ascetismo existencial del agustino. Devoto de la lengua castellana, la mima y la pondera incluso en sus

traducciones, exigiéndole «claridad, armonía y dulzura». F. Luis escribe lo mejor de su poesía desde fuera de un presente ausente y añorado, hacia un «cuando» que casi nunca goza. Su versión del *Cantar...*, fiel al espíritu erótico del original, nos lo muestra como un conservador en tal profundidad que acaba resultando casi un revolucionario.

RESUME

Dans ce travail on commence en situant la personnalité de Fray Luis de León du point de vue temporal et culturel dans la tradition hispanique et hébraïque de la Renaissance et dedans une formation pleinement universitaires. Son hébraïsme deviendra la première cause d'une suite d'accusations et de procès qui affligeront son existence en le privant de celle paix autant désirée. Son premier procès avec presque 5 années dans la plus dure prison lui arrive pour la défense de la vérité biblique originale dans unes leçons à propos de la foi chrétienne. Le second procès, dont il va échapper bien plus aisé, c'est pour sa défense passionnée de la liberté.

L'étude de son profil humain, aussi problématique, nous lui montre toujours en lutte avec lui même ou avec les autres, en aspirant à une harmonie qu'il réussit à peine. Homme de grandes synthèses, polygraphe d'une sagesse encyclopédique, F. Luis de León est le meilleur prototype de l'Espagne de la Contre-réforme. Il réalise la bonne tâche d'unifier dans son oeuvre les trois courants païenne, juive et chrétienne, supports de la culture de son âge. Platon, Horace, Salomon, Virgile, Saint Agustin prêtent ses meilleures essences à cette gigantesque «fusion nucléaire» de la pensée et du sentiment de l'Espagne de la Renaissance. Hébraïque pour sang et pour culture, F. Luis a compris absolument tout ce que contient d'universel et de permanent la civilisation juive dont il a su assimiler aussi la sensibilité.

Comme poète, profond et sobre, seulement Saint Jean de la Croix lui surpasse, quoique le mysticisme du carmelite nous semble aujourd'hui moins prochain que l'ascétisme existentiel du augustinien. Devoué de la langue castillane, il la gâte et il la soupèse même dans les traductions en exigeant «de la clarté, de la harmonie et de la douceur». Luis de León a écrit la meilleure partie de ses poèmes au dehors du présent éloigné et regretté, vers un *quand* dont il ne joue presque jamais. La version du *Cantique des Cantiques* devient si fidèle au esprit érotique du texte que son auteur achève en résultant presque un révolutionnaire.

Ubicación en el tiempo.

Casi rigurosamente coetáneo del poeta andaluz Fernando de Herrera, Fray Luis de León viene a ser la versión castellana de éste en la España cerrada de la Contrarreforma, en la segunda mitad del siglo XVI. Ambos vivieron casi los mismos 63 años, de los veinte o treinta a los noventa de su siglo⁽¹⁾. Ambos temibles «hombres de un solo libro», la Biblia en este caso. Ambos intelectuales de carácter fuerte, independiente; apasionados por la verdad y con un espíritu crítico más o menos cercano al del erasmismo, aunque siempre dentro de la obediencia ortodoxa.

Fray Luis no tiene toda su sangre «limpia», de cristianos viejos: es de sangre judía por parte de madre y por un ascendiente paterno y se inserta plenamente en la tradición rabínica de la cultura hispano-semítica por los siguientes rasgos hebraicos⁽²⁾.

–Su criticismo como lector e intérprete de la Sagrada Escritura que le hace desdeñar la Vulgata de S. Jerónimo y remontarse a las primeras fuentes hebreas de las que a veces reproduce hasta la forma de las letras; es su pasión por la *veritas hebraica*.

–Su tendencia a la exégesis, a una literatura de comentarios sobre obras antiguas, recrea en lengua romance textos bíblicos y textos paganos clásicos, cuando no los glosa los traduce.

–Hebraísta es también su interés por el mundo familiar, su enorme capacidad de abstracción y de síntesis, síntesis en su caso de paganismo clásico, de humanismo renacentista moderno y de un cristianismo puesto al día.

–Tiene también Fray Luis esa ortodoxia propia del converso: tenaz, exaltada, mística, razonadora, susceptible y rígida, celosa y agresiva.

–Es también otro rasgo de su hebraísmo su curiosidad universal, su gusto, interés y conocimiento de las materias más diversas: desde la música a la filosofía; desde la matemática a la astrología⁽³⁾.

Además de su venturoso hebraísmo, lo que más caracteriza a Fray Luis de

(1) Fray Luis vivió desde 1527 ó 1528 a 1591. Fernando de Herrera, un poco más joven, desde 1534 a 1597. Cada uno en su región y al frente de su «escuela» respectiva, significan la incorporación y asimilación, en la España de un segundo Renacimiento en plenitud, de la poesía italianizante introducida durante la generación poética anterior.

(2) Su bisabuelo casó con Leonor Villanueva, procesada y reconciliada en 1511. Cfr. Blanco García, F. *Fray Luis de León. Estudio biográfico*. Madrid, 1904 y Aubrey F.G. Bell. *Un estudio del Renacimiento. Fray Luis de León*. Barcelona, 1927.

(3) Cada uno de los aspectos de su compleja personalidad y de su polifaceterismo se estudian por separado en Vega, F. Angel Custodio. «Fray Luis de León», en *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, II. Barcelona. 1953, pp. 586 a 647.

León es su perpetua condición de universitario: primero como estudiante en Madrid, Valladolid y Salamanca y luego, en esta última Universidad, en el pleno esplendor de su apogeo a nivel mundial, como docente en cuatro o cinco cátedras; había estudiado cada disciplina con el mejor maestro: humanidades, filosofía, teología, hebreo⁽⁴⁾... A los 32 años ocupa su primera cátedra par explicar a Santo Tomás⁽⁵⁾.

Ya desde entonces empieza este León a chocar con otro homónimo, León de Castro. El motivo de esta primera disputa es algo tan importante como decidir quién impartirá sus clases en una determinada aula. Consigue una segunda cátedra, ésta nocturna, la más estimada⁽⁶⁾. En 1567-68 explica un curso *de Fide*, sobre la Fe, en el que reivindica y exalta la *veritas hebraica*; un curso cuya tesis, valiente y revolucionaria, peligrosa en tiempos de Reforma, es que, para interpretar bien la Biblia, no valen las versiones latinas; hay que remontarse a los originales en lengua hebrea. Con esto Fray Luis está «a la última», concorde con la voz de la Iglesia⁽⁷⁾; pero todavía escandaliza a muchísimos timoratos que parecen temerle a la verdad. Nuevas luchas, sobre estos temas, con León de Castro. Nombrado definidor de su orden, viaja mucho a Madrid, Granada, Córdoba...

Sordamente, en la sombra, va creciendo la gran tormenta polémica, antihebraísta, como si la investigación filológica pudiera ir contra la verdadera Fe. Los dominicos, los jerónimos, incluso algunos colegas agustinos lo acusan, en 17 proposiciones, de otras tantas herejías judaizantes. Los jueces del Santo Oficio no ven tales herejías. Pero las intrigas, presiones, envidias de colegas y, sobre todo, los tiempos de recelo que corren por mor de la Reforma Protestante, les obligan a aceptar en principio la acusación. Sólo están de su parte algunos agustinos y, desde luego, los estudiantes y los demás seglares de la Universidad. El propio Fray Luis se encarga de su defensa. En ella da por supuesta su ortodoxia y se dedica a denunciar los bajos móviles de sus acusadores: esa «envidia y mentira», rencores, celos, calumnias de su conocida espinela que, según cuentan, dejó escrita en las paredes de su cárcel. Pero desde que entra en la helada prisión de Valladolid, en 1572, hasta que sale absuelto a finales de 1576 pasan casi cinco horribles

(4) Esta lengua semítica cuyo conocimiento imprime carácter a la obra de F. Luis la aprendió del mejor hebraísta de su tiempo, Cipriano de la Huerga, a partir de 1556. Aprendió filosofía de Juan de Guevara y teología de las «estrellas» tridentinas Domingo de Soto y Melchor Cano, licenciándose en 1551 para pasar pronto a enseñarla, como lector, en Soria.

(5) Exactamente el año 1561. Cfr. Blanco García, F. Op. Cit.

(6) La de Durando, escolástico dominico francés de principios del S. XIV, filósofo y teólogo conocido con el nombre de «Doctor Resolutissimus».

(7) De acuerdo con las conclusiones del Concilio de Trento desde 1546 y con la encíclica «Providentissimus» de León XIII.

años de un proceso de una obsesionante lentitud, de una premiosidad kafkiana, de interminables desfiles de testigos, de largas pausas agobiantes e inexplicables. Y este hombre, amante de los mínimos detalles⁽⁸⁾, se hace traer a su pequeño calabozo, sus «cosas»: un crucifijo, unas disciplinas, luz y recado para escribir, unos «pocos pero doctos libros juntos», como diría Quevedo, para conversar «con los difuntos» y escuchar a «los muertos». Su Homero, su Virgilio, su Agustín, su Bernardo, el otro Fray Luis, el de Granada, unos polvos medicinales y un cuchillo... para cortar el pan. Todo eso le conceden pero en cambio le niegan, durante todo el tiempo, cualquier clase de asistencia espiritual, misa, confesión, comunión. Sólo la oración, la lectura y la esperanza que a veces «le salió vana» no le podrán quitar. Sufre largas crisis de pesimismo en las que se identifica con el santo Job o comenta el reivindicativo salmo 26⁽⁹⁾. Desde San Juan de la Cruz y Cervantes hasta Oscar Wilde o Sívio Pellico ¿cuánta literatura genial no se ha escrito en una cárcel? Allí compuso nuestro autor las mejores de sus poesías y buena parte de su prosa⁽¹⁰⁾.

Por fin lo declaran absuelto, con todos los pronunciamientos favorables. El regreso a la Universidad es apoteósico: entre hojas de palma, laureles, vestiduras blancas de inocencia, trompas, tambores, heraldos, estandartes, aclamaciones estudiantiles... Era lo único que le faltaba a Fray Luis: con la euforia, le vuelve la agresividad. No pudo ser cierto lo del «Decíamos ayer» porque vuelve a otra cátedra de teología que se hace crear, gana dos más y se gradúa como maestro de artes⁽¹¹⁾; cinco años más tarde estalla una nueva tormenta: violentos ataques de Fray Luis contra el otro León y contra el famoso teólogo P. Báñez. Hay una carta en la que le amonestan para que no se entrometa ni insulte más, «que ya están hartos». Con motivo de la nueva disputa teológica y defendiendo al jesuita P. Molina, está a punto de volver a la cárcel como consecuencia de un segundo proceso.

¿Qué verdad defiende ahora Fray Luis? La de la libertad del hombre, nada menos. Está candente el tema del misterio que compatibiliza la predestinación y con el albedrío. La interpretación más liberal, la del P. Molina, se irá imponiendo hasta en los místicos y poetas, Tirso, Calderón... La tesis viene a ser ésta: «los ele-

(8) Otro rasgo típicamente hebraísta.

(9) Este salmo 26 forma parte junto con el 7 y el 17 de las llamadas «plegarias del inocente»: «Hazme justicia Señor, porque camino en la inocencia... Escrútame y ponme a prueba acrisolando mi corazón... Yo ando en tu verdad y en la inocencia lavo mis manos... Rescátame, Señor, ten piedad de mí y te bendeciré en las asambleas...»

(10) Abrumado por el pesimismo, escribe también en la cárcel la *Exposición del libro de Job*, personaje paleotestamentario con quien F. Luis se identifica en la desgracia y en su aceptación.

(11) Nuestro autor reanudó sus clases con una *lectio brevis* el 29 de Enero de 1577.

gidos se autoeligen en la voluntad de Dios libremente aceptada. Para salvar al hombre, la gracia de Dios que es la causa, necesita del libre consentimiento del hombre, consentimiento que es la condición para salvarse». En esta confianza en la libertad del hombre descansa una gran parte del jubiloso impulso «existencial» y creativo de nuestros Siglos de Oro, de ese su optimismo vital tan cristiano como renacentista⁽¹²⁾.

Aunque le acusan de violencia, ya es muy distinta la actitud del tribunal para con él: sólo una benévola amonestación del Gran Inquisidor para «que no sea tan violento». Pero se aceptan sus tesis teológicas.

Entusiasta de Santa Teresa, edita sus obras y deja inacabada su biografía. Hubiera querido «reformular» él también su Orden... Después de desempeñar en ella cargos y misiones cada vez más importantes muere a los 63 años y sus restos se han perdido⁽¹³⁾.

Perfil humano.

Pero ¿cómo era este hombre a quien retrató Francisco Pacheco⁽¹⁴⁾ y que tanta fama tuvo? Como San Juan de la Cruz, pequeño de estatura, pero proporcionado. De rasgos duros, aunque regulares. Labios enjutos, pelo espeso, castaño y rizado, ojos verdes y profundos. Temperamento frágil, taciturno, emotivo, severo, solitario. De vida aparentemente vulgar y sencilla, pero tensa e intensa por su constante actitud de polemista apasionado, una vida sin más incidentes que sus disputas y procesos.

Espíritu noble, sediento de verdad y de justicia, pero falto de serenidad ante los ataques ajenos. Ortodoxo, pero curiosísimo y anhelante de novedades culturales. Un hombre muy de su tiempo, un humanista, un perfecto universitario. Hubo hace años una crítica positivista que trató de demoler su imagen biográfica tradicional. De nuestro poeta se llegó a decir: «Tenía un carácter inaguantable», «La Inquisición fue demasiado blanda con él», «No pudo pronunciar el «Decíamos ayer»... Sin embargo, la crítica posterior, aunque admite estos datos probados, los incorpora a una nueva interpretación donde su figura recobra dignidad y sentido positivo y unitario: su propensión a la lucha y su anhelo de paz se integran en la

(12) Piénsese, para no ir más lejos, en la «tesis» de *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina.

(13) Según Venancio Luis Agudo en su monografía sobre el poeta, (*F. Luis de León*. Madrid. 1959, p. 22) en 1856 su cadáver fue exhumado y sepultado definitivamente en la capilla de la Universidad.

(14) Cfr. Pacheco, F. *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, escrito y dibujado por... Ed. de J.M. Asensio. Sevilla. Litografía de E. Utrera, 1870.

síntesis de una vida interior conflictiva, pero auténtica y humanísima, de un constante valor moral y de una ardiente sed de libertad y verdad. Fue hombre torturado, siempre en lucha consigo mismo; la serena armonía de sus escritos es sólo el fruto esforzado, el ideal momentáneo de una paz difícilmente lograda y más difícilmente mantenida. Su rasgo esencial es esa misma lucha interna, esa crisis constante y esa continua aspiración al sosiego interior. Para un psiquiatra de hoy presentaría lo que se llama un «síndrome de neurosicastenia constitucional». Físicamente delicado, su exquisita sensibilida enfermiza le hacía reaccionar impulsivamente y con vehemencia, con amor o con odio, con fervor o con apasionamiento o con desdén. «León herido al cielo se levanta» como dice Dámaso Alonso en su conocido soneto. Sólo de su substrato de luchas, dudas y contradicciones pudo surgir, como fruto de madurez y superación, aquel sentimiento de búsqueda de armonía y belleza. Su obra es reflejo de lo mejor de su vida interior: su amor por la hermosura en *De los nombres de Cristo*, su anhelo de armonía en la «Oda» a su amigo Salinas, el músico ciego, su sed del más allá en su «Oda a la Ascensión...»

Es la personalidad más representativa de la España de la Contrarreforma. Síntesis vital de Renacimiento y Cristianismo. Saber enciclopédico, asombroso. Personalidad polifacética, la de un gran polígrafo: fue teólogo, escriturario, místico, profesor, orador, moralista, polemista, políglota y traductor, exégeta o comentarista, filósofo, poeta excelente, prosista genial. Muy famoso y elogiadísimo por todos. Cervantes lo llama «Ingenio que al mundo pone espanto». Lope de Vega lo titula «divino» y «honor de la lengua castellana» y el filósofo Francisco Suárez lo considera el «talento más vasto y profundo de su tiempo».

Carácter conflictivo y complejo, con luces y con sombras. ¿Acaso con un exceso de rigor moral? Posiblemente, pero empezando por exigirse a sí mismo. Sincero y vehemente, radical. Receloso, pero humilde y caritativo. Intrasigente con la falsedad y con la injusticia a las que siempre se enfrentó de plano. Implacable dialéctico. Inconformista. Cantor y émulo de las virtudes horacianas (prudencia, constancia, moderación) que no siempre logró practicar.

Carácter difícil, propenso a la ira y al resentimiento, Fray Luis de León responde al tipo de «conservador en profundidad» que, en último término, resultaba un revolucionario; porque, al buscar y escarbar en las fuentes primeras, tanto del Cristianismo como del Renacimiento, choca contra un conservadurismo farisaico, de tapujos y componendas y, por defender la más pura ortodoxia original, será acusado de rebelde, de hereje y de corromper las fuentes.

Y ¿cuáles fueron las suyas, los manantiales de los que bebió para su obra?

Fuentes.

En ellas se van a recoger las tres grandes corrientes, vivas en la civilización de la Europa de su tiempo; la pagana, la judaica y la cristiana. Su gran aportación va a consistir en jerarquizarlas y sintetizarlas. De los paganos, su maestro en el verso será Horacio: el modelo de la llamada «escuela salmantina» fue, junto con Virgilio, el que más le impresionó. Pero esta huella de Horacio es más fuerte en su primera época porque, en su plena madurez, se cristianiza, según estudió otro horaciano, Menéndez y Pelayo⁽¹⁵⁾.

La prosa oratoria y rítmica, casi verso, en *De los nombres de Cristo* es plenamente horaciana⁽¹⁶⁾, aunque, en el conjunto de su prosa, quien más hondamente le influye es Platón, ya directamente o ya a través de los neoplatónicos, cristianos o no y, sobre todo, a través de San Agustín. En *De los nombres de Cristo* la teoría básica es la platónica armonista que ha puesto en vigencia el Renacimiento. También le influyen Píndaro, Tibulo, la poesía de Virgilio, Aristóteles y la moral de Epicteto. Pero más que la cantidad y extensión de su clasicismo nos importan su hondura y calidad, su profunda asimilación de las esencias del mejor humanismo.

En cuanto a las fuentes judaicas no son menos importantes: de sangre y alma hebraicas según vimos y habiendo aprendido hebreo en Alcalá con Cipriano de la Huerga, conoce a fondo las letras orientales. Versado en filología semítica, enseñó a leer y entender las Sagradas Escrituras y buena parte de su obra en prosa es una interpretación y una exégesis de los libros bíblicos inserta, ya se dijo, en la mejor tradición rabínica española.

Pero su mayor mérito no descansa en lo inmenso y vario de su cultura, sino en la honda comprensión de cuanto de humano y permanente hay en la civilización hebrea. Su espíritu judaico se advierte en sus comentarios a la Biblia, en su versión, tan problemática, del *Cantar de los cantares*, etc. El eco bíblico resuena en su poesía como también en la de Herrera y el espíritu judío se ha integrado en su temperamento. Sus traducciones, igual que sus poesías originales, guardan la emoción estética de sus modelos. Aparte de los temas, ideas y formas, hay una gran asimilación de la sensibilidad hebraica e incluso cuando expresa sus senti-

(15) Cfr. Menéndez Pelayo, M. *Horacio er. España*.

(16) Para los metricismos de este libro Cfr. Dill Goode, H. *La prosa retórica de F. Luis de León en «Los nombres de Cristo»*. Madrid. Gredos y también Llobera, J. *La forma horaciana del maestro F. Luis de León*. Razón y Fe LXXXVI, 1929, pp. 49-62.

mientos personales lo hace con un intenso sabor bíblico que le es connatural y que trasciende cualquier suerte de mimetismo⁽¹⁷⁾.

Todas estas fuentes vendrán a desembocar en las más importantes y decisivas, que son sus fuentes cristianas. Constituyen una influencia superior, integradora de las otras. Porque el espíritu de León es cristiano o, mejor dicho, católico no sólo por su ortodoxia bien probada, sino también por su completa formación espiritual en la más genuina tradición del catolicismo y en el pensamiento de los Padres de la Iglesia completado y puesto al día con lo mejor del pensamiento católico coetáneo (Contrarreforma, Trento, Santa Teresa...). Su pensamiento procede de la Patrística interpretada a la luz de la exégesis más moderna y tiene además huellas de Petrarca a quien imitó también en unos sonetos de tema profano⁽¹⁸⁾.

Fray Luis integra y sintetiza estas tres tradiciones con un sentido ecuménico y armonizante, de acuerdo con los ideales del Renacimiento Cristiano Contrarreformista y es el representante más genuino y personal de la nueva espiritualidad ortodoxa.

Como poeta, responde, igual que Herrera, al nuevo tipo de intelectual culto, propio de la segunda mitad del siglo y que dista del tipo de poeta-soldado a lo Garcilaso tanto como Felipe II dista del estilo militar y viajero del César Carlos V. Es un tipo de escritor que no viaja más que entre libros y hacia adentro, como en una nueva forma del «mester de clerecía». En estas poco más de treinta «obrecillas que se me cayeron de las manos» y que no se publicaron hasta que Quevedo lo hizo 40 años después de la muerte de su autor, se dan de manera ejemplar las características que separan lo que se ha llamado escuela salmantina o castellana, de la escuela sevillana, capitaneada por Herrera: Uso de estrofas cortas, aliradas, fervor por Horacio, cierta parquedad o sobriedad formal en favor de la hondura y densidad del pensamiento, lenguaje menos retórico y pureza clásica del léxico con muy pocos neologismos. Sólo nos interesan ahora sus poesías originales que el propio poeta separa de sus traducciones profanas y religiosas. Aunque no se puede establecer una cronología segura, parece que las mejores son las que escribe en la cárcel y después de su prisión: «Noche serena», «A la Ascensión», «A la vida retirada...» Por cierto, esta versión libre del «Beatus ille» horaciano, la conocida «¡Qué descansada vida...!» y, sobre todo, las últimas que dedica a Felipe Ruiz,

(17) Cfr. Millás Vallicrosa, J.M. *Probable influencia de la poesía sagrada hebreo-española en la poesía de F. Luis de León*. Sefarad, XV. 1955, pp. 261-86.

(18) Cfr. Hornedo, R.M. de. *Algunos datos sobre el petrarquismo de F. Luis de León*. Razón y Fe, LXXXV, 1928, pp. 336-53.

«A la vida del cielo» y la más famosa de todas, a su amigo el músico ciego Salinas son las que más se acercan al tema místico⁽¹⁹⁾.

Resulta admirable que, con una obra tan corta, ocupe uno de los primerísimos puestos entre nuestro grandes poetas áureos (por encima de Lope, Góngora y Quevedo, según los maestros de la crítica y, para algunos, no inferior a San Juan de la Cruz). Aunque más admirable es que el primer puesto, para la mayoría de los críticos, lo ocupe otro poeta de obra aún más corta, como el citado carmelita. Poeta de un hondo autobiografismo, casi todos sus temas están vinculados a su vida y a sus circunstancias y muchas veces desahoga sus sentimientos en sus versos. Desde luego, también la mejor parte de su poesía brota de la tensión existencial entre la paz y la armonía que anhelaba y las luchas e intrigas de su vida universitaria. No es plenamente un poeta místico como San Juan, pero, quizás por eso mismo, nos resulta más cercano y más nuestro, más moderno y más humano.

El estilo.

Deriva directamente de Garcilaso de quien recoge ese aprecio renacentista por el idioma castellano que ya había demostrado su madurez y capacidad melódica. Recoge también ese sencillo molde estrófico de la lira que Garcilaso usó sólo una vez, tomándolo de Bernardo Tasso, para un poesía «de encargo» para la amada de un amigo. Levanta el tema, de un amor no sentido y profano, al de un sincero amor divino, aunque todavía dentro de la ascética; agiliza esta lira, dominando el arte de las transiciones, dándoles mayor rapidez y modernidad y la pasa a San Juan de la Cruz ya purificada y mejorada para que éste la eleve hasta una de las más grandes cumbres de la poesía occidental de todos los tiempos. Supo infundir como nadie espíritu moderno a las formas y temas clásicos, transfigurando y renovando las no pocas reminiscencias griegas, latinas, e italianas.

Culto a la vez que ingenuo, sabio y candoroso, tiene una dulzura que nos contagia su misma sed de cielo. Equilibrio, buen gusto, sencillez y profundidad. Quedó ya destacada su gran estima por nuestra lengua; aunque escribió no poco en latín, dice del castellano: «Nuestra lengua no es dura ni pobre, sino de cera y abundante para las que la saben tratar» porque «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio». Por ello exigirá que incluso la prosa se someta a un criterio riguroso de selección léxica y a una reflexión atenta que confiera al len-

(19) Cfr. Peers, E.A. *Mysticism in the poetry of Fray Luis de León*. Bulletin of Spanish Studies. Liverpool. XIX, 1942, pp. 25-39.

guaje estas tres virtudes capitales: «claridad, armonía, dulzura». Su prosa es muchas veces poética, casi rítmica, musical, transparente y luminosa, fruto de un cuidado exquisito y exigente. Aunque a veces se le ve la huella de Garcilaso, la influencia de Horacio lo acerca más a un estilo conciso, vigoroso y casi epigramático⁽²⁰⁾. Su vocabulario es peculiarísimo, sobre todo la adjetivación. Revisa y corrige continuamente sus versos en busca de una máxima precisión compatible con la máxima armonía. Una vez elegidas ciertas fórmulas expresivas, no le importa repetir las casi como frases hechas: «el claro día», «el hierro insano», «Marte airado», «mar tempestuoso», «navío náufrago»... Usa de la recuperación etimológica que hoy nos resulta tan moderna («crudo» por cruel). Su sintaxis tiende a ser latinizante y su recurso al hipébaton, más que una exigencia de la rima, es fruto de una imitación deliberada de la construcción latina, con los verbos al final de la frase.

Sólo raros islotes de paz tuvo en su intensa vida este hombre que tanto la anhelaba. No gozó, como San Juan, de las altas consolaciones de una experiencia mística que parece que apenas atisbó; como en una especie de compensación lingüística a esto que en su existencia no se consumó, la forma verbal que más abunda en sus escritos es el participio de pasado, el que expresa la acción consumada («aprendido», «meneado», «sepultado», «deseado», «acordado», «gobernado», «extremada», «usada», etc., etc.), y el adverbio más usado por él es «cuando» (¿Cuándo será que pueda...», «Salinas, cuando suena...», «¿No ves cuando acontece...») esta palabra que hace referencia a un tiempo deseado, pero que nunca es presente, nos muestra cómo Fray Luis no gozó casi nunca de sosiego, de plenitud ni de estabilidad. Este fue el precio que pagó por esa pasión suya por la Justicia y por la Verdad. Que suspiraba por una consolación mística que él sabía que era algo realísimo aunque apenas la experimentara, lo prueba no sólo su fervor por la vida y obra de Santa Teresa, sino también su famosa traducción manuscrita y clandestina del libro más místico y al mismo tiempo el más escondido, tapado y como vergonzante dentro de las Biblias de su tiempo: el Cantar de los Cantares.

Hacia 1560 y por petición de un monjita salmantina, Fray Luis traduce y comenta este hemoso poema de Salomón en el que tanto se iba a inspirar luego San Juan de la Cruz⁽²¹⁾. Pero este manuscrito privado y confidencial, se filtra por las indiscreciones de un tercero. Rápidamente se difunde en infinitas copias manus-

(20) Cfr. Rodríguez, C. *Fray Luis de León ¿horaciano o virgiliano?* La Ciudad de Dios. El Escorial. CLIV. 1942, pp. 5-21.

(21) Cfr. Muñoz Sendino, J. *Los cantares del Rey Salomón en versos líricos por F. Luis de León*. Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid. CXXV. 1948, pp. 411-61 y también Hornedo, R.M. de: *¿Tradujo F. Luis de León en verso castellano el Cantar de los Cantares?* Razón y Fe. CXLI, 1950, pp. 163-78.

critas de las que algunas llegan hasta América. El entusiasmo de unos, el escándalo de otros y la sorpresa de todos hacen de este escrito la causa principal de su procesamiento. Con verdadero espíritu cristiano y renacentista, nuestro autor vivifica estas escrituras, acudiendo a las primeras fuentes originales hebreas de las que reproduce hasta las construcciones gramaticales. Devuelve así toda su fuerza pasional y todo su realismo humano, todo su vitalismo sensorial y toda su gracia plástica a unos textos de poesía amorosa que estaban como fosilizados y castrados en un amojamado e insípido latín medieval. Fray Luis en su versión redescubre todo aquel inmenso amor natural basado en la irresistible atracción de lo bueno y de lo bello. Y en su comentario, nada ñoño, sino hondo y valiente, explica nuestro hombre el simbolismo erótico de la posesión y de la mutua entrega porque, como allí dice, «...al amor, sólo el amor le habla, le entiende y le merece». León armoniza la realidad sensual y aun sexual con el significado místico de las bodas del alma con su Dios, gracias a ese rigor filológico⁽²²⁾ y a esa «verdad hebraica» que a toda costa buscó siempre y defendió.

Claro que luego tuvo que pagar caro, en prisiones y amarguras, aquel gesto de valentía y libertad que le valió la única nota negativa dentro del fallo absoluto, en donde fue calificada esta traducción de «imprudencia y ligereza»⁽²³⁾.

Ya habíamos quedado en que el que busca conservar vivas las verdades primarias más puras y originales, resulta, en un ambiente de tapujos, temores y componendas, un verdadero y peligroso revolucionario. Este fue el caso de Fray Luis de León.

(22) Cfr. Álvarez Turiénzo, P. *Sobre F. Luis de León, filólogo*. La Ciudad de Dios, El Escorial. CLXIX. 1956, pp. 112-36.

(23) Véase un extracto del proceso en la edición de sus obras por G. Mayáns y Siscar. Madrid. Rivadeneyra. B.A.E. 1855. La edición más cuidada y manejable es la que con el título de F. Luis de León. *Obras completas castellanas* editó y anotó el P.F. García. Madrid. B.A.C. 1944, 2ª edición. 1951.